

75 120788



DAVID BANNERMAN en la Graciosa

TRAD. MARCOS HORMIGA



DAVID BANNERMAN en la **Graciosa**

TRAD. MARCOS HORMIGA

Prefacio

La presente edición de este ejemplar corresponde a un extracto de la obra del ornitólogo David Bannerman (1886-1979), concretamente corresponde a los capítulos XIV y XV del libro titulado *Las islas Canarias, su Historia, Historia Natural y paisajes*, publicado en Londres en 1922. En su día, traducir la opinión que los gracioseros merecieron al autor, despertó nuestro interés por publicar este ejemplar a modo de separata.

David Bannerman trabajó para el *Departamento de Historia Natural del Museo Británico*; durante toda la segunda década del S. XX llevó a cabo varias expediciones a nuestro archipiélago, una de esas acampadas es la que se recoge en el presente volumen.

Bannerman fue un miembro activo en los primeros movimientos internacionales de conservación medioambiental y, también, fue distinguido y reconocido por varias sociedades ornitológicas y universidades del Reino Unido. A este respecto, en opinión de David Bramwell: «Probablemente sea David Armitage Bannerman el nombre más importante en el campo de la ornitología en nuestras islas; tal es así que sus estudios sobre las aves de las Islas Canarias (...) son, aún, los referentes más importantes para cualquier interesado en la avifauna de las Islas Macaronésicas.»

A pesar de ser considerada una obra de carácter científico, el libro que nos ocupa, constituye un referente para la observación del modo de vida de los habitantes de nuestro archipiélago chinijo a principios del pasado siglo.

Quedamos agradecidos y deudores a la Sociedad de Recreo, Cultura y Deportes Torrelavega, en Lanzarote, por contar con nuestra participación en sus proyectos de difusión cultural.

Marcos Hormiga
Octubre de 2005

CAPÍTULO I

UNA EXPEDICIÓN ORNITOLÓGICA A LAS ISLAS ORIENTALES ENTRE LAS PARDELAS DE GRACIOSA

Cuando nuestro bote se deslizaba a través del corto estrecho que separa Lanzarote de Graciosa, vimos una hilera de casuchas de piedra de una planta, construidas cerca del límite del agua, en la costa sudoeste de la isla. Frente a aquellas había un reducido grupo de barquillas de pesca varadas y secas en lo alto de la playa y allí desembarcamos. Ya que el bote de Órzola, que contenía nuestras tiendas, no había llegado, aceptamos la invitación de uno de los isleños a dormir en una de las cabañas; el dueño de la susodicha, supusimos erróneamente, tenía que encontrarse fuera. Los gracioceros me impresionaron a primera vista porque poseen una estampa diferente de la gente de las islas principales; son superiores en lo físico y en lo moral; aprendimos a sentir el mayor respeto por esta robusta gente pescadora, muchos de los cuales eran sumamente bien parecidos y estaban bien constituidos. Su amabilidad para conmigo mientras estuve en su isla no podría superarse y, como ejemplo, debo decir que rehusaron por completo aceptar cualquier pago por la hospitalidad que me ofrecieron a mi llegada.

La cabaña en la que pasamos la noche era una construcción de piedra que tenía tres habitaciones bajas, una de las cuales estaba llena de pescado seco. El techo estaba hecho de maleza, apoyada sobre muchísimos palos cruzados, y toda la estructura parecía como si se pudiera venir abajo en cualquier momento. Cuando hacíamos té (por fortuna habíamos traído provisiones para una noche) los dueños

legítimos de la cabaña entraron a raudal: ¡once hombres, mujeres y niños! De inmediato, la mayoría se sentó en el suelo mientras las mujeres se ocupaban de llevar a cabo más preparativos para nuestra comodidad, todos hablando al mismo tiempo. Ya que no había señas del bote de Juan bordeando la Punta Fariones y el sol se ocultaba con rapidez, comenzamos a preguntarnos si íbamos a compartir la cabaña con los once dueños legítimos, pero, para mi total tranquilidad, evidentemente, habían hallado acomodo en algún sitio. Finalmente el bote llegó bastante después de oscurecido y fue descargado con prontitud por muchas manos serviciales; el equipaje lo llevaron hasta la cabaña que, con gratitud, ocupamos por la noche. El terreno sobre el que decidimos acampar estaba a una milla del conjunto de casas donde habíamos pasado la noche: las únicas moradas de la isla. Tenía la ventaja de que estaba a una distancia cómoda de la única agua fresca de Graciosa y estaba estratégicamente situado para coger aves. Se montaron las tiendas sobre un trecho de suelo arenoso y limpio, cubierto de conchas de caracol vacías y dominado por montes de arena. Estaba el mar enfrente y el estrecho a nuestra izquierda, con el risco encumbrándose detrás, empinadamente.

Pasé los dos primeros días explorando la vecindad más próximas y en recuperarme de un ligero acceso de fiebre, pero después nos pusimos a trabajar realmente en serio. Mi primer encuentro con la gran pardela cenicienta tuvo lugar la tercera tarde después de nuestra llegada. Guiados por un muchacho nativo nos dirigimos a una parte de la costa donde grandes pedazos imponentes de basalto se encontraban caídos y mezclados unos sobre otro: las grietas de estos cantos rodados eran lo suficientemente grandes como para que un hombre delgado se metiera y fue en uno de estos en el que desapareció nuestro pequeño guía, haciéndonos señales para que le siguiéramos. Equipados con linternas eléctricas, gateamos a través de la estrecha abertura y, después de andar a tientas a lo largo de un túnel igualmente estrecho y pasar sorteando dentadas esquinas de roca, nos encontramos en una caverna bastante grande, cuyo techo descendía

ligeramente hasta el extremo más alejado. Al alumbrar la caverna con nuestras linternas, descubrimos inmediatamente dos grandes pardelas agachadas bajo el techo escalonado del extremo final. Estaban bastante fuera de nuestro alcance, pero pronto íbamos a aprender como se procuran los isleños estas aves formidables. Dejamos las dos hembras - sin duda se trataba de hembras - para emerger a la luz del día, ya que habíamos venido demasiado temprano por la tarde, tal y como nos lo explicó nuestro pequeño guía. Acordamos regresar más tarde y a las 6 p.m. nos encontramos de nuevo en el mismo punto. Las rocas estaban densamente cubiertas de excrementos en algunas partes, dejando ver que unas cuantas pardelas cenicientas acudían a este criadero. El chico pescador estaba, esta vez, equipado con una fina caña de almendro con un gancho curvo fijado a la punta y con una linterna. A su orden todos descendimos por un agujero en medio de los cantos rodados y nos tendimos a esperar pacientemente. Casi estaba oscureciendo cuando se oyó un sonido peculiar, distinto a cualquiera que hubiese podido imaginar en mis peores sueños y la silueta de una gran ave pasó cerca, por encima; una vez más el ave voló en círculos, lanzando su extraordinario grito, esta vez con un zumbante "cluc" por respuesta (repetido con frecuencia) casi justo a nuestros pies, después todo quedó en calma. Por entonces estaba todo bastante oscuro y, una vez más, el ave, que evidentemente se había posado, se elevó de nuevo y pasó sobre nuestras cabezas, posándose a unos pocos pies de distancia. Tan sigiloso como un gato, el chico subió por las rocas, encendiendo el farol mientras tanto. No hizo ruido con sus pies descalzos y, con el farol en su mano izquierda y la vara de almendro en la derecha, se acercó sin ruido al ave deslumbrada y la golpeó con su caña, pero erró a la hora de atrapar la presa y el ave planeó hasta el mar con un agudo graznido.

Esperamos de nuevo y pronto apareció otra ave y se posó más lejos, por encima, en las rocas; se encendió de nuevo el farol y comenzó el mismo deslizamiento sigiloso; la caña llegó bien esta vez y en un

segundo el muchacho estaba agarrando un ave estridente por las alas, pero no antes de que su mano hubiese sido herida en tres sitios por el afilado pico. Esta acción se repitió varias veces y, en una, en la que estábamos tendidos en nuestro agujero, un ave pasó a menos de dos pies de nuestras cabezas; hacia arriba se esgrimió la vara de almendro, por poco no tumba al ave sobre nuestras cabezas; una hazaña que, según me han dicho, llegan a lograr estos ágiles jovencitos. Fue entre las 7 y las 8 p.m. cuando las primeras aves entraron y a las nueve en punto los graznidos de las aves, que hasta el momento habían resonado desde todas las direcciones, cesaron igual de rápido que comenzaron y, otra vez, estuvo todo en silencio y en calma.

Antes de seguir el relato de nuestras aventuras en Graciosa, se debe dar una descripción de la isla (en la que, al fin y al cabo, estuvimos prisioneros durante doce días). De cinco millas y media de longitud y dos millas y media de anchura, este pequeño islote tiene un área de nueve millas y media cuadradas. Es mayormente llana, con cuatro volcanes extinguidos sobre él; su punto más alto - la barrera de un cráter irregular - es de 873 pies sobre el nivel del mar. El suelo es muy arenoso y, por partes, la superficie está regada de conchas de caracol, un hecho interesante que ya he mencionado. Los cráteres tienen una curiosa apariencia rojiza, por el hecho de que mucha de la lava y del material volcánico es de este color. El sur de la isla está cubierta de montículos, coronados con plantas que crecen densamente: *Zygophyllum fontanesii*, *Salicornia fruticosa*, *Suaeda fruticosa*, *Atriplex Halimus*, y dos especies de *Traganum*, cuyas raíces son las responsables de la curiosa formación del suelo, endureciendo la arena como ellas lo hacen. El suelo entre los montículos está perfectamente alisado, compuesto de arena dura, cubierto con conchas de caracol. Una zona ancha de dunas bajas franjea el mar entre este "suelo monticuloso" y la orilla. Casi en medio de la isla se eleva un gran cráter central, la montaña de las Agujas, una masa montañosa que se eleva abruptamente de las planicies rocosas que se extienden hacia el Norte y el Oeste. Casi toda la línea costera es muy rocosa,

particularmente a lo largo de la costa oeste, donde los enormes cantos rodados basálticos crean un gran contraste con los lisos acantilados aplanados por el agua que se encuentran en las costas sur y este. La orilla más al oeste de Graciosa está expuesta a mares terribles, como pronto pudimos comprobar, mientras que las costas sur y este están protegidas de la violencia de las olas. Durante estos doce días que pasamos en esta isla, hice un mapa bastante completo, ascendimos a los cuatro volcanes y calculamos sus alturas con el barómetro aneroide y, además, caminamos alrededor de toda la isla por la orilla del mar, así como llevamos a cabo muchas excursiones a diferentes puntos, en busca de aves.

Las aves terrestres de Graciosa eran pocas en cuanto a cantidad y menos en cuanto a especies, pero todas eran interesantes. Encontramos currucas tomilleras en pequeños grupos de cuatro o cinco, volando por los llanos, frecuentando, principalmente, la áspera tierra, donde se escondían dentro y fuera de los montículos y donde estaban en continuo movimiento. Observamos cuatro parejas de alcaudones reales y otra pareja que vivía en la maleza de *Euphorbia*, cerca del cráter central. Los bisbitas camineros eran numerosos y estaban criando. Vimos seis cernícalos y conseguimos polluelos emplumados, pero no vimos ninguna señal del ratonero común, del que se decía que habitaba en uno de los cráteres; sin embargo, vimos guirres y guinchos.

Otros pájaros terrestres vistos individualmente o en una ocasión solamente fueron el cuervo, el pájaro moro, el tabobo y el pardillo. Cerca de nuestro campamento encontramos huevos de alcaraván y chorlitejo patinegro; la última ave era muy numerosa. Las palomas bravías frecuentaban las cuevas de lava del norte de la isla y, probablemente, crían allí, pero no encontramos ningún nido.

El 30 de mayo el tiempo, que había sido maravilloso, cambió para mal: aparecieron nubes pesadas que tapaban el risco y que cubrían, incluso, el cráter central de Graciosa y, llegada la tarde, ya era una lluvia

torrencial. Pasamos otra noche terrible ya que el viento aumentó considerablemente y las tiendas, aunque fijadas con grandes piedras sobre las estacas, amenazaban con elevarse por completo de la tierra pues más parecían globos que tiendas de campaña. Me desperté temprano, por la mañana, debido al rugido de las olas bramando contra la orilla pero, por suerte, la lluvia había cesado. Dimos una larga caminata a lo largo de los rompientes, siempre al acecho del ostrero unicolor, ya que pensamos que el fuerte viento debió haber obligado a las zancudas a buscar refugio allí. No obstante no nos las tropezamos, pero vimos chorlitos patinegros, chorlitos gris, vuelvepiedras, correlimos comunes, zarapitos trinadores y un archibebe claro. También descubrimos un nuevo lugar de cría de las pardelas cenicientas. Estas estaban en escondrijos, iguales a las madrigueras de conejos, sobre el duro suelo arenoso, bajo la montaña Amarilla; creo que estos agujeros han sido excavados por las mismas aves, que no por conejos; al principio intentamos excavarlas, pero hasta nuestras afiladas paletas no dejaron gran huella en la tierra, que parecía ser de una composición como de arena petrificada y resultaba, de hecho, compuesta de una sustancia tan dura como la de la toba, así que pronto tuvimos que abandonar la idea. Era un lugar curioso en el que se podía encontrar estas aves anidando; el sitio estaba a una cuarta de milla del mar, bajo la sombra del cráter.

Después de que oscureciera regresé de nuevo a los grandes cantos rodados de la costa, donde primero me había encontrado con las grandes pardelas, con la intención de conseguir algunas por mi cuenta. Era una noche oscura como boca de lobo y yo cogí mi arma, con la intención de disparar a las aves después de alumbrarlas con una potente linterna, tan pronto como se posaran en las rocas. Encontré esto imposible de realizar, pero conseguí cazar al acecho y capturar un ave de esta manera, aturdiéndola con la culata de mi fusil. Un segundo intento estuvo a punto de acabar en un desastre, porque cuando estaba apretando el paso en dirección a mi víctima, mi linterna falló de repente, un paso en falso y arma,

linterna y “cazador de aguardo” caímos sobre el borde de una pequeña sima. Por suerte, el único daño fue una caja de rifle rota.

Habíamos tratado de mover el campamento a Montaña Clara al día siguiente, pero un viejo marinero cuyo bote nos iba a llevar, dijo que el desembarco resultaría imposible hasta que amainara, pero para compensarnos por nuestra desilusión envió a su joven hijo a que nos mostrara la colonia de anidamiento más grande de pardelas, de la que, hasta el momento, no sabíamos nada. Nuestro pequeño guía nos condujo justo en dirección contraria al mar, más allá de las montañas de arena y montículos, hasta el mismo centro de la isla, y entonces comenzamos a gatear por las faldas más empinadas de Las Agujas. El ascenso resultó muy arduo por la desmigajada superficie de la lava, toba, ceniza volcánica y piedra pómez. Finalmente el chico se paró a la entrada de lo que parecía ser una cueva muy pequeña en la pared del cráter, a 600 pies sobre el nivel del mar. La entrada era de unos 6 por 3 pies y, al final de la cueva, un túnel estrecho conducía al interior del cráter. El muchacho se introdujo en éste, haciéndome señas para que le siguiera. Sólo pude deslizarme un poco en su interior cuando me vi tan estrecho que no podía mover ni manos ni pies, así que el muchachito que estaba por delante tiraba de mí y su también pequeño compañero empujaba por detrás y, de esta ignominiosa forma, fui literalmente propulsado, con total oscuridad, durante veinte o treinta pies. Cuando estaba a punto de ahogarme, salimos a una pequeña caverna desde la que otro túnel más ramificaba en ángulo recto, y a través de éste, realizamos nuestro tortuoso camino, para salir, finalmente, a una cueva de buen tamaño que debía estar a unos treinta pies de la entrada. Las paredes estaban carcomidas por agujeros y grietas que habían sido utilizadas por pardelas; un indescriptible olor a “petrel” saludó nuestras narices; el suelo sobre el que estábamos se encontraba densamente cubierto de plumas de aves. Tuve suerte ya que me encontré con que todos los ocupantes estaban fuera, en el mar. Todavía no habían

comenzado a quedarse en esta cueva, aunque era el primero de junio. El muchacho dijo que acababan de llegar “para limpiar los nidos”, pero ya habíamos conseguido un número aceptable de huevos de las otras partes de la isla. La entrada de este peculiar criadero debe estar a una milla del mar y, aunque durante el día se veían las aves volando arriba y abajo, por el estrecho que separa Graciosa de Lanzarote, a pesar de todo, bajo ninguna circunstancia, se acercaban a sus nidos antes de que la noche hubiera llegado. Las paredes exteriores del cráter, en el que estaba situado esta cueva, estaban llenas de huecos y grietas similares, en las que anidaban numerosas pardelas cenicientas; examinamos algunas antes de regresar al campamento.

En el extremo norte de la isla se encuentran grandes cantos rodados al pie de bajos acantilados que forman, allí, la línea costera y se nos aseguró que bajo estos cantos criaba la pardela chica. Nuestro desaliento fue enorme al encontrar vacíos estos agujeros y los pescadores nos informaron de que las tahoces habían anidado y ya se habían ido.

La mañana del 3 de junio se abrió paso con una tremenda tormenta; parecía como si fuésemos a quedarnos prisioneros indefinidamente. Pero el viento maldito que no trae nada bueno para nadie, este día, sin duda, nos trajo suerte. Para comenzar, encontramos dos huevos del precioso alcaraván dentro de un área de cien yardas con respecto a nuestro campamento; el nido a menos de cincuenta yardas del mar. Poco después del desayuno uno de los pescadores con el que, hasta ahora, habíamos trabado bastante amistad, vino con la emocionante noticia de que su hermano había visto un ostrero unicolor la tarde anterior en los arrecifes de la costa oeste de la isla. Cogimos las armas sin tardar ni un segundo y con nuestro nuevo guía corrimos la mayor parte de las dos millas que hay hasta los arrecifes que están frente a Montaña Clara. Por temor de espantar al ave, en el caso de que aún estuviera por allí, nos arrastramos las cincuenta últimas yardas a través de la punzante maleza que por aquella zona franjea la orilla, hasta

que pudimos alcanzar una vista clara de los arrecifes. Escudriñamos las rocas negras que por allí discurren un pequeño tramo mar adentro y, de repente, los ojos expertos del guía localizaron al ave. Estaba comiendo a menos de cien yardas más abajo de donde nos encontrábamos situados, corriendo ágilmente por las rocas. Apenas podría haberse notado su presencia si no es por su brillante pico rojo. Hicimos un rápido rodeo que nos llevara frente a donde calculamos que podría estar y, cuando levanté la cabeza, el ave se levantó emitiendo un agudo “pip-pip, pip-pip”, dos veces repetido. Fue un tiro largo, pero no quería arriesgarme a dejar que el ostrero abandonara la isla, así que disparé de rodillas y para mi mayúsculo regocijo el ave cayó en el mar, con un solo perdigón en sus alas. El isleño que lo había descubierto estaba casi tan contento como nosotros y se tiró de cabeza al mar para cobrar el raro trofeo. Bishop llevó a cabo un buen despelleje de esta ave que ahora está en el Museo de Lord Rothschild, en Trig.

Después del disparo al ostrero subí a la montaña Bermeja, 550 pies de altitud; el cráter está de cara al Norte y sus barreras son de color rojo. La lava da al volcán una curiosa apariencia roja cuando el sol brilla sobre éste. Al pie del cráter, que se inclina abruptamente hasta el mar, se extiende una bahía arenosa donde conseguí algunas conchas preciosas que pertenecen al género de las *Patella*, *Anomia*, *Pecten*, *Modiola*, *Cardium* y *Lima*. Es cerca de allí donde crían las pequeñas pardelas chicas, bajo los grandes cantos rodados de la orilla; examinamos sus antiguos criaderos otra vez y nos satisfizo que hubiesen sido ocupadas prontamente durante la estación. Los pescadores de Graciosa nos aseguraron que todavía se podría hallar al tahoce criando en Montaña Clara y estábamos ansiosos por comprobar si esta afirmación era correcta.

Por entonces habíamos desechado la idea de desembarcar en el Roque del Este. Si pudiésemos explorar los dos islotes restantes, consideraba que podríamos estar satisfechos. Ya habíamos pasado nueve días en Graciosa en lugar de los siete que había planeado. La tarde del décimo día nos encontrábamos

sentados fuera de las tiendas cuando nos sorprendió ver la vela de una pequeña barquilla de pesca cruzar la punta que está en dirección a Montaña Clara. La vimos a través de los anteojos, cavilando sobre lo que el hombre pudiera haber estado haciendo en semejante mar. Cuando, casi frente al campamento, consiguió dominar el timón con dificultad y en un minuto el bote había abicado en la orilla; varios hombres desembarcaron y caminaron en dirección a las tiendas y mientras se acercaban observamos, con asombro ¡que sus camisas estaban llenas de aves! Uno a uno las sacaron: siete pardelas chicas (cuatro adultas y tres jóvenes), quince petreles de Bulwer y once huevos del último junto a una serie corriente de la gran pardela argéntea y sus huevos. Todas las aves estaban vivas. Conocedores de que me estaba volviendo impaciente por temor a que los petreles hubiesen dejado Montaña Clara antes de que fuéramos capaces de desembarcar allí, estos excelentes compañeros habían hecho un viaje especial en busca de aves para mí, ya que, según su opinión, ellos podrían alcanzar, si fuera necesario, la orilla de cualquier manera, mientras que era casi imposible llevar un bote y descargar las tiendas y las cajas de las colecciones y los voluminosos equipajes de un campamento estable.

El día siguiente, al completo, lo pasamos despellejando las aves de que disponíamos y escribiendo los diarios la mayor parte de la noche. El temporal se mantuvo embravecido dos días más pero, por fin, el 7 de junio el viento había amainado suficientemente como para permitirnos intentar un desembarco en Montaña Clara. Había alquilado el bote más grande de la isla para este propósito y a las 6 a.m. las tiendas de campaña estaban desmontadas e inmediatamente después del desayuno, nos pusimos en camino para hacer la por siempre inolvidable travesía a la isla de al lado. Claro que, en tan corta distancia, tuvimos que cambiar de rumbo cuatro veces, en un mar del que lo mejor que se puede decir es que estaba encrespado. Un sol abrasador en la espalda y nubes de rocío en la cara de uno no ayudan a evitar el mareo y, para

cuando costeábamos un saliente de roca lisa en Montaña Clara, ya había tenido suficiente. De todos modos, habíamos llegado, aunque con siete días para explorar dos islas en lugar de los catorce con que contábamos inicialmente.

CAPÍTULO II

UNA EXPEDICIÓN ORNITOLÓGICA A LAS ISLAS ORIENTALES MONTAÑA CLARA, ROQUE DEL OESTE Y ALEGRANZA.

Cuando conseguimos un lugar para instalar el campamento en Montaña Clara, en seguida nos dimos cuenta de que, en realidad, teníamos muy poco donde escoger. La isla no es más que la corona de un volcán gigante, que se eleva escarpadamente desde las olas y alcanza una altitud de 700 pies sobre el nivel del mar. Ansiosos por acampar, esta vez, en medio de los petreles, levantamos las tiendas a menos de unas pocas cientos de yardas del mar, en un llanito, con el pico elevado detrás de nosotros, en el mismo extremo sur de la isla. La línea costera es muy empinada y no había duda con respecto a si seríamos capaces de caminar alrededor de la isla, como en Graciosa.

En cuanto a apariencia, Montaña Clara tiene, más o menos, forma de corazón y cubre un área de una media milla cuadrada; es de 1 _ millas de largo por _ de milla de ancho. Hay un solo cráter, que es irregular, abierto al mar por la cara norte. En todos los puntos restantes, a excepción del extremo sur, los lados exteriores del cráter caen perpendicularmente al mar. El sur de la isla se inclina gradualmente hacia arriba, donde se puede encontrar alguna extensión de tierra elevada en la que pequeñas depresiones proporcionan refugio a las mariposas y a los pájaros más pequeños. Ésta culmina en una cresta escarpada de 300 pies de altura, inclinándose hacia el Sudeste y compuesta de lava y escoria volcánica, interceptada por barrancos en miniatura por todos lados. Entre la cresta y la montaña se encuentra, agrupado, un conjunto de pequeños montículos que se extienden cubiertos de trozos de lava desprendidos, piedra pómez y ceniza fina. En el

terreno bajo estaba la picuda *Launoea spinosa*, la *Suoeda fruticosa* con su flor púrpura, y cierta cantidad de plantas del hielo, *Mesembryanthemum nodiflorum*, que se abrían paso a través de detritos volcánicos salpicados de plantas desérticas. Una sola concavidad para agua, que dependía por completo de la exigua lluvia para abastecerse, resultaba la única agua potable que se podía encontrar.

Las bruscas mareas bramando y chocando contra los acantilados han ayudado a formar muchas cuevas que abundan en escondrijos y grietas a las que acuden la palomas bravías y, a veces, también, “visitantes” más raros, como se verá. Bajo los acantilados enormes cantos rodados que han caído de arriba en el transcurso de un corrimiento de tierra, se alinean por la orilla y en parte se debe a la erosión que ha tenido lugar en la isla que Montaña Clara sea el criadero favorito del archipiélago de los dos tubinares más interesantes: la pardela chica y el petrel de Bulwer. En ningún sitio hay arena en la orilla y a marea baja abundan las rocas en los charcos profundos; es por lo tanto una zona de caza ideal para el ostrero unicolor. Montaña Clara es una isla realmente desierta, totalmente deshabitada por el hombre, visitada por cientos de petreles y pardelas en la estación de cría y, como se verá más tarde, esas no son, en modo alguno, las únicas aves interesantes que se encuentran sobre ella. Una sorpresa me aguardaba, que ni incluso el ornitólogo más optimista podría haber esperado.

La noche del 7 de junio fue una de las más extrañas que he pasado nunca; dormir resultaba casi imposible y cualquiera que haya pasado una “primera noche” en la zona de cría de un petrel lo comprenderá enseguida. Desde las 8 p.m. hasta el amanecer los gritos de las aves no cesaron ni un instante: ¡algunos parecían venir de la parte superior de mi tienda! Las aves volaban bajo sobre el campamento y la sacudida de sus alas se oía con claridad. De vez en cuando se oía una nota mucho más placentera, la del petrel de Bulwer, pero la primera noche en el islote no tenía ni idea de la especie a la que pertenecía. Cuando pude examinar la zona más cercana al campamento no nos sorprendió por más tiempo que hubiese sido difícil dormir. En cada

agujero y grieta bajo los bancos salientes e incluso en los escondrijos del llano, cerca de la cima del volcán, a 600 pies sobre el nivel del mar, estaban criando las grandes pardelas cenicientas. Encontramos unos cuantos escondrijos en las montañas de arena. La arena en la que las pardelas habían excavado en Montaña Clara era mucho más suave que la de Graciosa, así que fui capaz de excavar allí con relativa facilidad. Encontré los escondrijos muy similares a madrigueras de conejos pero un poco más amplios; varias de las entradas medían 6 pulgadas por 11 y con frecuencia el túnel se internaba 7 pies en la tierra. El huevo se depositaba, por lo general, a un pie del extremo final del escondrijo. El pasadizo era generalmente serpenteante y a veces giraba totalmente en ángulo recto. Se podía encontrar algunas plumas y residuos de algas haciendo la función de nido. Como contraste a estas madrigueras, a veces me sorprendía encontrar un ave posado, a plena luz del día, que había puesto su huevo en una grieta al descubierto en el risco, ni a 12 pulgadas de la entrada, donde, durante el día, los rayos del sol le daban de lleno. Si se las molestaban las pardelas picaban y arañaban con ferocidad extraordinaria, infringiendo heridas severas con sus formidables picos. Cuando, por último, partí de los criaderos de éstas, el 14 de junio, no encontré ni una sola cría. Varios pescadores, que conocían bien sus hábitos, me informaron de que las pardelas que es como las llaman, llegaban pronto, en abril, “para limpiar sus nidos”. Como pude comprobar por mi mismo, el anidamiento se había hecho general el 1º de junio y la mayoría de las aves parecían haber anidado. Las crías rompen el cascarón a principios de julio y los pescadores comienzan a cogerlas alrededor del 5 de agosto, con el propósito de comérselas. Muchos centenares se cogen de nuevo en septiembre, cuando las crías están sumamente gordas, para hervirlas en agua y extraer aceite. Un gran número de las aves adultas son capturadas por sus plumas. Los hombres me aseguraron que todas las aves dejan la isla en noviembre, jóvenes y adultas juntas. Durante mi visita de tres semanas a estos islotes del exterior, me rompí la cabeza tratando de averiguar que reglas gobernaban las idas y venidas de estas pardelas, entre el mar y sus sitios de anidamiento. Cuando se vive metido en Graciosa y Montaña Clara, como hice

yo, uno esperaba llegar a alguna conclusión definitiva con respecto a este asunto, de alguna manera, desconocido. Con ese motivo, como punto de mira, llevé a cabo excursiones a diferentes criaderos después de oscurecerse. Antes de que la puesta se hubiese generalizado (esto es, durante mi estancia en Graciosa), la mayoría de las aves dejaban sus nidos antes de que llegara la luz y pasaban todo el día en el mar. Tienen que ser excelentes controladoras del tiempo ya que en muchas ocasiones ningún indicio de luz del día podría ni tan siquiera avisarles de que llegaba el amanecer. Por consiguiente, a no ser que dejen sus agujeros antes de que rompa el día, mientras aún es oscuro, no creo que los dejen hasta el anochecer y, seguramente, tampoco hasta la mañana siguiente. En cambio, si han estado en el mar a lo largo de todo el día, regresan a tierra alrededor de una hora después de que haya caído la noche (esto es, alrededor de las 8 p.m.). Tan pronto como empiezan a llegar, comienzan a llamar: una larga nota quejumbrosa prolongada, repetida varias veces y, a menudo, respondida desde dentro de la tierra por un zumbido, que imagino que hace el compañero. Las aves habrán de volar varias veces alrededor, en círculos menguantes cerca y por encima de las rocas para, finalmente, posarse a la entrada de sus agujeros particulares.

En torno al 7 de junio, el día que salimos de Graciosa todas las aves tenían huevos y todas estaban, igualmente, “empollando” en Montaña Clara, Roque del Oeste y Alegranza. Aunque cogimos más de cien aves, la mayoría fueron liberadas, nunca hallé más de un huevo en el agujero. Cogimos, echados sobre los huevos, ambos, machos y hembras, en un número aproximadamente igual; el sexo de las aves que empollaban se distingue fácilmente ya que el macho tiene un pico mucho más grande que la hembra. Ponen, por supuesto, un solo huevo y resulta de una variedad de tamaño considerable. Creo que no hay duda de que las aves se turnan para empollar el huevo; el macho se alimenta mientras la hembra está empollando y viceversa.

Las pardelas llamaban durante todas las horas de la noche, pero parecían especialmente ruidosas alrededor de las 3 a.m. Pienso que a dicha hora muchas se iban al mar. Si se las sacaba de los agujeros durante

el día parecían completamente atolondradas y, según les daba, ni intentaban escapar; otras caminaban como patos en dirección al mar, enganchándose sus alas continuamente en arbustos y piedras y cayéndose de la manera más grotesca. Cuando eran lanzadas al aire algunas volaban al mar inmediatamente, mientras que otras parecían perder su poder para volar, así que caían “de golpe” sobre las rocas y anadeaban alejándose rápidamente hasta que pudieran alcanzar un saliente desde el que “largarse”. A donde van las aves entre finales de noviembre y finales de febrero aún es un misterio; es más, todavía carecemos de toda pista con respecto a de dónde han llegado las pardelas que visitan las costas de Norte América - en las zonas próximas a Long Island - en el período en el que crían las aves en Las Azores, Madeiras, Salvajes y Canarias. Aunque de estas aves de las aguas americanas aún no se sepa que críen en ningún sitio de aquel lado del Atlántico, no me sorprendería que en el futuro las hallasen criando allí. Los ornitólogos americanos dicen que aquellas son indistinguibles de la raza canaria. Los ornitólogos británicos, por el contrario, son partidarios de considerarlas diferentes. La cuestión debe ser resuelta por el comité del “Systema Avium”.

Dos días después de nuestra llegada a la isla se hizo un descubrimiento extraordinario. Cuando daba una caminata con su arma alrededor de la tierra baja, Bishop disparó a dos calderetas a las que, de entrada, tomé por calderetas de Fuerteventura: incluso un descubrimiento bastante extraño, si ese hubiese sido el caso, ya que no hay calderetas en Lanzarote o en Graciosa. Había cuatro pájaros juntos justo detrás del campamento, pero después del disparo los otros desaparecieron y nunca más los vimos. Juzguen nuestra sorpresa al comprobar que para nada eran ejemplares de Fuerteventura sino que pertenecían a una raza nueva carente de nombre. Desde entonces he llamado a este pequeño pájaro *Saxicola dacotiae murielae*. Resulta difícil decir si los pájaros estaban migrando; posteriormente Bishop los encontró más abundantemente en Alegranza, pero aunque los busqué por todos lados, durante cinco días más, nunca vi señas de estos pájaros otra vez.

Había acordado con nuestros barquilleros que pasaran por nuestra isla un día fijado y había decidido,

ya que nos quedaba tan poco tiempo, enviar a mi taxidermista a Alegranza con Juan y quedarme a trabajar, concienzudamente, Montaña Clara yo mismo. Esto acordamos y justo después de conseguir las nuevas calderetas, vi una barquilla pequeña de Graciosa navegando sobre las olas. Uno de los marineros - de nombre Jorge - se quedó conmigo para ayudar en la búsqueda de aves y los otros tomaron el rumbo de Alegranza para completar la exploración de aquella isla.

El nueve de junio resultó notable debido a otro descubrimiento más. Jorge y yo habíamos estado buscando petreles de Bulwer a lo largo de los acantilados cuando llegamos a una ensenada rocosa en la que había cierta cantidad de cuevas. El mar estaba retirado y Jorge, que trepaba como un gato, bajó a ver lo que podía encontrar, mientras yo deambulaba de regreso al campamento. No había pasado mucho rato allí cuando vi a Jorge acercarse volando en estado de gran excitación y, del fondo de su cesta, envuelto en tela de algodón, traía un paño común, un alma mestre, como él decía. Me explicó que había lanzado su vara de almendro en un agujero, en una de las cuevas, cuando el ave salió volando hacia su cara. El desorientado petrel voló dando vueltas y vueltas a la cueva y después se estrelló contra Jorge, quien, finalmente, ¡consiguió capturarlo con su sombrero! Es la primera vez que el paño común ha sido capturado en la orilla, en las Islas Canarias. No pudimos descubrir ninguno más, pero no hay razón por la que no pudiera anidar en algún sitio del archipiélago.

Mi lista de aves de Montaña Clara se incrementaba diariamente; incluso descubrimos mariposas en este islote desierto, cogimos una preciosa **Clouded Yellow**, de cuya especie vimos varios ejemplares. Eran comunes las **Painted Ladies** y también capturamos una mariposa **Silver Y. moth**. El tiempo se había vuelto bastante frío y el fuerte viento, que tanto problema nos causó en Graciosa, se levantó y aumentó en cuanto a violencia. El campamento estaba demasiado expuesto al tiempo, como se puede ver en la ilustración y pasamos más de una noche inquieta.

Dos pichones que había comprado en Lanzarote eran mis constantes compañeros y se desarrollaban espléndidamente con gofio; pronto se volvieron extremadamente mansas. La mayor parte del día se lo pasaban en lo alto de la tienda o en un sitio sobresaliente del terreno, para disfrutar de un baño de sol y polvo, pero por la tarde volaban de regreso a la tienda y dormían en cualquier cosa sobre la que pudieran encaramarse, preferentemente, mi casco.

Todavía no había ascendido al volcán, así que el día después de que el bote se había ido a Alegranza me puse en camino para subir el montón de cenizas hasta la punta, por un sendero espantoso compuesto mayormente de terrones de lava sueltos y cenizas. Encontraba pardelas criando en cada elevación, en cada agujero que pasábamos. Una vez alcanzada la cima de la cresta del cráter, a 600 pies, cruzamos un llano que descendía gradualmente hasta la cresta de enfrente; el suelo de este llano parecía casi arenoso y, como era menos duro, descubrimos más pardelas cenicientas en escondrijos. Una vez que alcanzamos el borde interior del volcán miramos hacia abajo, dentro de la boca misma; la pared norte del cráter había reventado y por ello miramos a través de la abertura, hacia el mar, abajo. Roque del Oeste está situado no lejos del extremo norte de la isla, un pequeño montón de lava totalmente expuesto a la furia del Atlántico. Yo ya había decidido, si fuera posible, desembarcar en él. A lo lejos sobresalía Alegranza con relieve acentuado. Lejos, bajo nosotros, en la depresión al pie de las faldas interiores del volcán, reposaban enormes piedras que habían caído de arriba; no se podría imaginar un lugar más apropiado en el que buscar petreles ya que, aunque la falda norte estaba abierta al mar, lo que proporcionaba un acceso fácil a las aves, era imposible desembarcar allí y la única manera de alcanzar el interior del volcán era por la ruta por la que habíamos venido.

Comenzamos a descender gradualmente; el terreno se volvía más escarpado a cada paso. Habíamos alcanzado la mitad del camino hacia abajo sin ningún contratiempo, sobre las rocas más resbaladizas que hubiese pisado jamás, cuando llegamos a un largo trecho de losas llanas, situadas en un ángulo pésimo, que

podía ver sobresaliendo ligeramente por encima del borde. Mas allá un corte vertical de varios cientos de pies. Entonces me sentí bastante aliviado de que hubiese acordado que se enviase un bote de Graciosa en el momento en que se encendiese una tegala en Montaña Clara - una señal que se podría ver durante el día o la noche - y que significaría que había ocurrido un grave accidente.

A los primeros diez pasos que di en ese saliente ya sabía que mi búsqueda resultaría inútil. Mis botas resbalaban en la superficie lisa como si hubiesen sido patines sobre hielo y tuve que admitir que resulté vencido. Jorge deslizó una corta soga delgada alrededor de mi cintura y, con la sensación de ser un oso de feria, ¡fui guiado ignominiosamente hasta quedar a salvo! Jorge no se dio nunca por vencido y descalzo logró gatear sobre la superficie movediza, consiguiendo, a la larga, alcanzar el fondo del volcán, en donde, con envidia, lo observaba a través de mis poderosos anteojos, mientras buscaba cuidadosamente bajo los cantos rodados caídos. Pronto descubrió un petrel y obligándolo a salir me lo alcanzó para una inspección. Era la pequeña pardela chica y poco después se había conseguido una pequeña serie de aves jóvenes y dos huevos de estas especies. Ya que este sitio era bastante inaccesible después de anoecer no pude conseguir una serie de pájaros adultos, aunque varias de las aves del año estaban cubiertas de plumaje adulto y sólo se les podía distinguir por uno o dos filamentos bellosos que se adherían a las plumas de los costados. Ésta era la cuarta especie de la orden que habíamos descubierto en esta isla diminuta y la tercera que sabíamos que estaba anidando. Cuando tomamos el camino de regreso a casa el día estaba muy avanzado y a la luz de la tarde obtuvimos una espléndida vista sobre Graciosa y la costa oeste de Lanzarote. Frente al horizonte oscuro estaba el pálido contorno de Roque del Este - el más inaccesible de todos los islotes exteriores - y sólo se podía distinguir una delgada línea de espuma blanca mostrando donde rompían las grandes olas del Atlántico contra esta inmensa roca, los únicos restos visibles de un volcán gigante bajo las olas.

En general no me gustaba la apariencia del tiempo y tomé la precaución de enterrar bien todas las

estacas bajo tierra. Estuvo bien que lo hiciera ya que resultó ser una noche tormentosa y agitada. Bien pronto comprobamos que era imposible dormirnos ya que el aire sacudía los lados de la tienda y silbaba en los vientos como lo hace con el aparejo de un barco. Las olas tronaban en el acantilado, justo debajo del campamento y los incesantes gritos de las pardelas parecían alzarse en favor de los elementos. La tormenta cesó con la misma rapidez con que había comenzado y el siguiente día amaneció bueno y claro; todavía soplaba una fuerte brisa y dudaba de si el bote con su tripulación animada nos visitaría, como acordado, para desembarcarme en Roque del Oeste. No tuve motivos para dudar por más tiempo, pues se avistó una vela danzando sobre las olas, dibujándose rápidamente más cerca de la isla, y prontamente el *San Francisco* viró dentro de mi estrecha cala en la que, si la comparamos, el agua estaba en calma. El dueño de la mejor barquilla de Graciosa tenía el carácter más apacible y con sus cinco hijos, uno de los cuales era Jorge, tripulaba su propio barco. La vestimenta de la tripulación resultaba muy pintoresca y no carecía de color: los característicos pantalones azules remendados, frecuentemente con cuadrados alternos de azul claro y oscuro ¡el tono depende de la duración en el tiempo a la que cada parche haya sido expuesto a los elementos! Llevaban camisas rojas, amarillas o azules con fajines de colores brillantes ligados de manera suelta alrededor de sus caderas y sombreros de paja muy grandes, con una forma curiosa: tenían enormes cintas y altas coronas y se asemejaban a floreros vueltos del revés. El dueño del *San Francisco* y sus cinco espléndidos hijos parecían reliquias de los gloriosos días de España, cuando podía alardear de marinos aventureros y no le iba a la zaga a ninguna nación del mundo ¡Ay! Cuán lejanos parecen esos tiempos ahora.

No me sentía nada contento de las perspectivas a la vista; una vez más me embarqué en la pequeña barquilla y tomamos el camino de la roca. Al principio tuvimos que remar para coger la brisa pero una vez fuera del abrigo de la isla, la vela se infló y fuimos transportados a través de las olas a toda velocidad. Gracias a Dios que sólo tuvimos que virar una sola vez para alcanzar la roca, mas, para cuando llegamos nos

encontrábamos calados hasta los huesos y la barquilla había transportado más agua de la que yo me había dado cuenta. Una cosa era acercarse a los cincuenta pies de los pedazos dentados de lava, de los que parecía estar enteramente compuesto Roque del Oeste, pero otra cosa era desembarcar sobre él. Durante veinte minutos pendimos sobre el banco de arrecifes al que intentábamos saltar; las olas se elevaban seis o diez pies por encima de las rocas. El hombre que iba a desembarcar conmigo hizo varios intentos por tomar tierra y en dos oportunidades consiguió poner pie en la lava, pero en cada ocasión resultó arrastrado, con el agua por encima de la cintura y tuvo que agarrarse a la regala del bote cuando éste se retiraba. Entonces lo intentamos un poco más lejos, al oeste, y esta vez el pescador lo consiguió, pero yo no tuve tiempo de saltar antes de que fuésemos absorbidos de nuevo por las aguas revueltas. Una vez más la barca fue traída de costado con extremada destreza náutica y, saltando con todas mis fuerzas desembarqué en el agua con un chasquido de rodillas. Roque Inferno, que es como los gracioceros lo llaman cariñosamente, de verdad ¡cumple con su nombre! El más pequeño de los islotes exteriores, solo abarca un área de unas 40.000 yardas cuadradas; con mi aneroide, constaté que tenía 30 pies sobre el nivel del mar en su punto más alto.

Sería difícil imaginar un sitio más desolado. Está enteramente constituido por enormes bloques de lava y muros de basalto a modo de repisas. La lava estaba tan dentada que cualquier sitio constituía un punto seguro para el pie y pronto pululé por toda la roca, buscando con cuidado cualquier petrel que pudiera estar escondido allí. Todavía albergaba la esperanza de encontrar la pardela pichoneta, al paiño pechialbo o al paiño de madeira en algún sitio del archipiélago canario. Ahora, no obstante estoy seguro de que estas especies nunca visitan los islotes si no es como «ave de paso».

Aunque había sido informado de que no había aves en esta roca, pronto advertí bastantes. La gran pardela atlántica anidaba por todos lados y, para mi sorpresa, vi allí tres aves de presa; un hermoso guincho salió del punto más alto y un cernícalo se encontraba encaramado sobre un bloque de lava, aunque dudo de

que ambos pudieran pensar que valía la pena criar allí. Lo más extraño de todo: conseguí una visión fugaz del excelente halcón de berbería, que evidentemente se había posado en algún lugar de la roca y que se apresuró a pasarme como un rayo. Las gaviotas argénteas nos prestaron poca atención y continuaron disfrutando del sol. Creo que criaban en Roque del Este. Había cuatro plantas diferentes en Roque del Oeste, pero aunque conseguí especímenes de todas, por desgracia se destruyeron antes de que pudieran ser identificadas; la planta del hielo (*Mesembryanthemum*), sin duda, era una de ellas y la encontré escasa, pero que crecía en manchones en cualquier sitio. Una vez corroboré que no había otros petreles o pardelas escondidos más que aquellos que había visto, regresamos al *San Francisco* y, después de muchos intentos, luchamos para conseguir subir a bordo con nuestro botín y nos dirigimos a Montaña Clara.

A la mañana siguiente conseguí mi primera visión, verdaderamente buena del halcón de berbería; había soltado un par de palomas bravías desde una de las cuevas que estaban por debajo de mí, al borde del acantilado y cuando estas aves se precipitaban al mar, el halcón cayó como una piedra desde lo alto, desde donde, evidentemente, había estado vigilando. Cuando el peregrino se encorvó, las palomas, con un hábil golpe de alas, escaparon de las mortíferas garras por los pelos y siguieron su vuelo intactas; entonces el halcón se elevó en el aire y, tras dejar de lado la caza, pausadamente, regresó al lugar de descanso de antes. Entonces obtuve una clara visión del ave, ya que pasó muy cerca de mí y pude discernir claramente sus bigoterías negras. Este era, por supuesto, el *Falco Peregrinus Pelegrinoides*, del que se da noticias de que ha criado en Montaña Clara y que, probablemente, lo hace anualmente. Aunque estaba de lo más ansioso por conseguir un espécimen, me resigné a no dispararle a esta magnífica ave, aunque a duras penas habría fallado. Guirres y guinchos, cernícalos y cuervos se observaban en Montaña Clara y, sin duda, criaban en los inaccesibles acantilados al oeste de la isla. Las palomas bravías no eran numerosas pero, indudablemente, unas pocas anidaban en las cuevas. Otra ave que creo yo que estaba anidando era el vencejo pálido. Se observó un solo avión común, un

ave migratoria de paso. Las únicas otras aves vistas en esta isla, además de las ya mencionadas en este capítulo fueron los bisbitas camineros y las gaviotas argénteas, los primeros con las plumas totalmente mudadas.

El 14 de junio abandonamos Montaña Clara, una vez explorada concienzudamente cada grieta a la que pudimos llegar. Mi barquero vino a por mí a las 6:30 a.m. y tres horas más tarde estábamos danzando sobre las olas en el *San Francisco* de camino a casa. Otra barquilla había ido a Alegranza a recoger el resto de la partida, con la que habíamos acordado reunirnos en Haría. La travesía hasta la base de El Risco, donde le di una triste despedida a Jorge y a su familia marinera, resultó sin incidentes.

Mi equipaje lo llevaron a Órzola, en donde se había acordado que estarían los camellos esperando. Comenzamos entonces el arduo ascenso hasta la cima, que se elevaba a 1.500 pies por encima de nosotros y un camino más fatigoso no he recorrido jamás. Había sido suficientemente malo en el descenso pero el ascenso fue bastante peor y nos costó una hora completa llevarlo a cabo. El termómetro al pie del gran acantilado se situó a 100 grados a la sombra y, antes de que alcanzáramos la cima, ambos, José y yo, podríamos haber escurrido nuestra ropa. Cuando pasamos sobre el tope soplaban un viento frío y apenas podíamos ver cincuenta yardas frente a nosotros debido a la nube. Esperaba encontrar allí un camello de monta y, ansiosamente, miré alrededor buscando una seña de la bestia. De repente, a través de un claro de la bruma lo divisamos, apenas a un cuarto de milla de distancia, parado sin moverse al lado de su conductor, quien se había puesto su manta para taparse los hombros. Mientras nos apresurábamos en su dirección, bajaron las nubes de nuevo y cubrieron toda vista. Si perdí el rumbo o que ocurrió no lo puedo decir, pero me costó media hora encontrar aquel camello del que, por entonces, ya había llegado a pensar que ¿era una bestia fantasma!, pero por fin lo vimos de nuevo, alejándose tranquilamente de nosotros mas esta vez no teníamos la intención de permitirle que se escapara. En Haría me reuní con Bishop y con Juan y supe que el primero había tenido mucho éxito en Alegranza al haber obtenido una serie de la nueva caldereta, una coruja y un ratonero común. También había

logrado una colección representativa de todas las otras aves residentes. Una lista de estas aves ya ha apareció en la *Ibis*, 1.914, pp. 84-87, en cuyo boletín publiqué los resultados científicos de esta expedición.

Por Bishop supe que Alegranza es casi de forma redonda y que contiene tres volcanes extinguidos, el más alto, La Caldera, se eleva a 940 pies. El resto de la isla es mayormente lisa y está constituida por colinas bajas, pendientes cubiertas de lava y llanos pedregosos. Nos encontrábamos con la vegetación normal de las Islas Canarias orientales; un rasgo especial eran los arbustos de *Euforbia* con tallos enormemente gruesos. Se cultivaba trigo en pequeños cercados. Los únicos habitantes eran el farero y el mayordomo, con sus respectivas familias. Me contrarió saber que el único petrel o pardela que se encontraban allí era la gran pardela cenicienta, que se encontraba por toda la isla y en Montaña Clara y Graciosa y que ocupaban cada agujero y cueva disponible. Sospecho que se debe al prodigioso número de estas grandes pardelas que muchos de los miembros más pequeños de la orden no recurran a estas islas para criar sus polluelos. Alegranza está sólo a 103 millas de la costa africana y, como es una pequeña isla, sólo $2\frac{3}{4}$ millas de largo por $2\frac{1}{4}$ de ancho, con un área de $3\frac{3}{4}$ millas cuadradas, es probablemente uno de los mejores puntos desde el que observar el paso de las aves migratorias por el archipiélago canario. Sigue siendo mi sueño pasar una primavera o un otoño en este lejano islote.



Gobierno de Canarias
Consejería de Turismo



Cabildo de Lanzarote



Ayuntamiento de Arrecife
Concejalía de Cultura
Concejalía de Fiestas